

Presentación

La otra escuela cristiana presupone que existe una primera escuela cristiana. Esta es precisamente la escuela que surgió al principio de la Edad Media a la sombra de los monasterios y de las catedrales, y que todavía pervive en nuestros días en multitud de centros privados de la Iglesia católica. Es la escuela de san José de Calasanz, de san Juan Bautista de La Salle y de tantos otros fundadores y fundadoras de Congregaciones religiosas de la enseñanza...

La clásica escuela cristiana siempre ha tenido el propósito de educar a todas las gentes como iguales en el espíritu de Jesucristo a tenor del mandato del Señor resucitado:

«Jesús se acercó a ellos y les habló así: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt 28,18-20*).

Y así ha intentado llevarlo a la práctica durante siglos y siglos de dominio de la Iglesia, procurando llegar incluso a aquellos —los pobres— que suelen quedar tirados en los márgenes de la marcha imparable de la historia.

En la escuela cristiana tradicional primaba y prima el bien íntegro de la persona humana, bien íntegro que comprende desde el aprendizaje de la lectura y de las cuentas hasta la comunión de vida con Dios en esta vida y en la otra.

Pero hace tiempo que la Iglesia no manda en la historia de Occidente. Los nuevos dueños son aquellos que controlan las fuentes de una economía mecanizada y automecanizada, sobre todo en nuestros días en que dicha economía se ha internacionalizado gracias al asombroso desarrollo de la ciencia y de la técnica. Esta economía de dimensiones planetarias no persigue más que el bienestar intramundano del ser humano y en su búsqueda no repara en cuestiones éticas: si son muchos o pocos los hombres que logran disfrutar de la sociedad del bienestar, si los métodos para alcanzarlo son violentos o pacíficos, si las relaciones entre las personas individuales y los pueblos son fraternales o cainitas...

Este cambio real en la atmósfera cultural del siglo XX ha afectado también, de modo subrepticio pero radical, a la escuela cristiana de siempre. Los objetivos de eficacia, rentabilidad, predominio... y los medios de competitividad, presiones, elitismo... propios de la economía liberal se han filtrado en nuestras escuelas. Negarlo sería un error mayúsculo.

En medio de esta honda revolución del clima cultural de toda escuela, sigue habiendo, sin embargo y gracias a Dios, una muchedumbre de educadores cristianos. Ellos constituyen en la actualidad el mejor testimonio viviente de aquel primitivo mensaje de Jesús resucitado: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes»...

Estos maestros están empeñados en continuar, a finales del siglo XX, formando a sus educandos a imagen y semejanza de Jesucristo. Por un lado, son muy conscientes de las tremendas limitaciones que hoy día se encuentran en el ejercicio de la tarea educativa, limitaciones que provienen en su mayor parte del entorno de una cultura secular en el mejor de los casos y en alguna medida también de las mismas instituciones cristianas. Pero, por otro lado, son muy sabedores del compromiso de formación

integral que han contraído con sus educandos y no están dispuestos en absoluto a que su dedicación y quehacer educativos queden baldíos o lleguen incluso a ser manipulados por la sociedad del consumo individualista.

A estos educadores cristianos, que aún mantienen vivamente encendidos sus ideales de formar enteramente a todos los seres humanos en desarrollo, va dirigido el presente número de SINITE.

En este número titulado *la otra escuela cristiana*, dichos educadores encontrarán alternativas educativas concretas que intentan llevar a cabo —dentro del mismo marco escolar o preescolar— una tarea de humanización plena con todos los miembros de la clase: alternativas educativas numeradas en el Índice del 1 al 5. Estas alternativas brindan al educador buenas pistas de acción, y sin salirse de la escuela.

La actual sociedad, que se rige por los criterios de la economía liberalista a escala mundial, expulsa de una manera u otra de los centros educativos a los que fracasan académicamente, a los que persisten en quedarse en el ámbito de las viejas culturas (el ámbito rural), a los que representan algún peligro contra la seguridad de vida y de bienestar de los ciudadanos... Siempre ha habido y hay educadores preocupados seriamente por estas personas. Con el fin de atenderlas en sus exigencias específicas, se han visto obligados a salirse de los centros educativos ordinarios y a elaborar proyectos y medios adecuados a sus peculiaridades. Las alternativas numeradas del 6 al 10 en el Índice recogen algunas respuestas dadas por educadores natos y preparados a las necesidades de los estudiantes fracasados, de las gentes del campo, de los menores infractores, de los drogodependientes, de los muchachos desfavorecidos socialmente...

Es curioso observar que los hijos de los pobres en bienes materiales, que a lo largo de los siglos de cristiandad han dado origen a gran número de Congregaciones religiosas docentes, no figuran directamente en cuanto pobres en el grupo de destinatarios de las alternativas educativas que se reseñan en este número de SINITE. El hecho se debe a que la situación de pobreza que

padecen todavía muchos educandos es consecuencia de determinadas causas históricas que todo Estado moderno está dispuesto a combatir y a eliminar, aunque sea sólo por razones políticas. Se trata, por tanto, de una triste realidad, la pobreza, que condiciona previamente cualquier labor social (política, cultural, sanitaria, educativa...) y cuya solución atañe a toda la sociedad, y no sólo ni especialmente a los educadores.

Lo que sí compete, en cambio, a los educadores es que sepan discernir quiénes son los pobres en un sentido educativo, tanto dentro como fuera de la escuela, y cuáles son los factores más empobrecedores de la persona del educando, plantándoles cara con todas las luces y fuerzas disponibles. Es asimismo asunto de educadores que conozcan los elementos y los procedimientos más enriquecedores de la personalidad humana en desarrollo y que no cesen hasta ponerlos en práctica en la acción educativa.

Sólo entonces podrá hablarse de la pervivencia de la escuela cristiana, de una nueva escuela cristiana, aun cuando los educadores no sean nominalmente cristianos.

En lo dicho se habrá podido intuir que los proyectos educativos de *la otra escuela cristiana* han rendido, además de otros muchos servicios, el de ayudar a detectar y definir el carácter cristiano de la educación. Este carácter no consiste en que los educadores cristianos se dediquen a seres humanos en desarrollo que sean pobres en un sentido material, sino en que atiendan a aquellos educandos más desasistidos educativamente, dentro y fuera de la escuela, por la actual sociedad capitalista.

Este número 104 de SINITE pretende mucho más que informar meramente sobre nuevas alternativas educativas. Tiene el propósito de animar a los lectores a poner en práctica aquella alternativa educativa en la que se hallen más interesados. Por esto, al final de cada alternativa educativa hemos consignado algunas direcciones para que los lectores que lo deseen puedan establecer contacto personal con los redactores de las alternativas educativas correspondientes.